

El Flaco Ojeda

Era el pibe más divertido de la escuela. Flaquito y largo, inconfundible por su guardapolvos, blanco, emparchado, pero planchado como ninguno. De piel morena y pelo negro que, de tan oscuro, hacía resaltar sus ojos azules llenos de una alegría tan inquieta que cuando te parabas a hablar con él de frente te obligaba a seguirle la mirada para todos lados. Era muy simpático, tenía la costumbre de apoyarte su mano de dedos largos en el hombro mientras desplegaba una sonrisa, blanca y sincera, que de inmediato contagiaba a todo el mundo.

Las pibas decían que parecía un Príncipe Moro, y él lo justificaba plenamente tratándolas como a Princesas Reales, haciéndoles monárquicas reverencias. Fue por aquel entonces cuando lo apodamos Enrique Valentino, y nos imaginábamos a El Flaco con turbante. Todos nos meábamos de risa, pero él, lejos de sentirse ofendido o avergonzado- cuando veía que alguien se estaba divirtiendo- se sumaba hasta para reírse de sí mismo. Ahora, con el tiempo, veo que, más que hacernos gracia, nos daba un poco de esa especie de envidia que despierta entre galanes la admiración femenina. Yo creo que la maestra lo hacía pasar al frente nada más que para que El Flaco le arrancara la primera sonrisa del día.

Jamás faltaba a clase, llegaba siempre temprano, sobre todo los días de lluvia, y su libreta de calificaciones tenía todos ochos, nunca un diez, pero tampoco un cinco. A la salida, en la puerta del colegio, no dejaba de saludar a nadie, a las maestras, a los pibes de los otros grados y hasta a las madres que venían a buscar a los más chiquitos. Pero El Flaco entró en la galería de mis recuerdos imborrables el año en que no pude irme de vacaciones. Mi viejo había perdido el trabajo, y ni siquiera el color verde esperanza de mi libreta le había podido levantar el ánimo. Claramente, las vacaciones estaban perdidas, y lo peor era que, justo en medio de la felicidad del fin de las clases, un clima de angustia invadía las paredes de mi casa.

Podía vislumbrar que se venían tiempos de transpiración en frío, y, ayudado por el calor del sol, me aferré a la costumbre de salir a la vereda a la hora de la siesta y sentarme en la silleta de mi vieja...

-Buenas tardes.

-Buenas tardes, le contesté, sobresaltado, a aquel personaje que había salido de la nada rompiendo la monotonía de mis tardes.

-Necesito que me des una mano para buscar el tesoro, dijo.

Extrañado, sin entender todavía que estaba pasando, estiré la cara intentando descubrir quién era.

-¿Flaco?, pregunté

-Sí, ¿quién voy a ser si no, Enrique Valentino?, contestó, y largó una risa.

-Perdoná, es que sin el guardapolvos no te había reconocido, le dije saliendo del alero de mi casa y a punto de contagiarme de su natural simpatía.

-Es que sin guardapolvos somos distintos, como los carniceros cuando salen de atrás del mostrador, me dijo como disculpándose.

-¿Y qué es eso del tesoro?, le pregunté intentando seguir lo que creí que era un chiste.

-El tesoro, el de las películas de los piratas, el que cuando lo abrís te da todo el poder del mundo, me confirmó haciéndome aflojar la risa.

-Bueno, le dije, ven que le aviso a mi mamá y te ayudo a buscarlo.

El Flaco se quedó en la puerta mientras yo le preguntaba a mi vieja si podía ir con un amigo del colegio a ayudarlo a buscar el tesoro. "¿Tesoro?! ¿Y qué es eso del tesoro?!", me preguntó a mí, también aflojando una risa, lo mismo que yo le había preguntado a él. La cuestión es que, mientras tramitaba el permiso y le aclaraba a mi vieja qué era el tesoro, El Flaco se había encontrado con mi viejo en la puerta, le había dado la mano reclinando el cuerpo hacia adelante, se había presentado explicándole

quien era, y le había contagiado una sonrisa que lucía en medio de una de esas caras largas que traía después de una nueva decepción laboral.

"¿Carpintero?, le dijo, ¡qué lindo oficio!, ¡me encanta la carpintería!". Y mi viejo asentía con la cabeza, con una llamativa sonrisa, como la de mi vieja y la mía, que, a esa altura, ya estábamos compartiendo la escena. Pero lo mejor estaba por venir, porque en un momento dado, El Flaco usó ese gesto suyo tan característico, le apoyó la mano de dedos largos en el hombro a mi viejo, y le dijo: "Una... dos... tres cuadras para allá, al lado del Bochin, ¿vió?, hay un cartel que dice, "Se necesita carpintero"".

El Flaco vivía en un ranchito marginado por la entrada del pueblo. "Es acá", me dijo, y al instante se me hizo más admirable que nunca la alegría de vivir que repartía continuamente. Ahí me di cuenta, también, que la vía dividida a la ciudad en barrios pobres y menos pobres. La pobreza cortaba exactamente por el medio a la sociedad y cada uno se volvía parte del lado en el que le había tocado, sintiéndose perteneciente a una u otra clase social y, por ende, merecedor o no de ciertos privilegios.

El tesoro era el tesoro de las películas, y, según me terminó especificando, estaba escondido abajo de la abuela Filomena, que lo empollaba, como las gallinas. El Flaco vivía con su abuela y con un gato que respondía al nombre de Fito. Filomena y Fito eran de un dibujito animado. "La Filo duerme la siesta como una morsa, por eso venimos a ésta hora, no se despierta ni con la sirena de los bomberos", me contaba entre risas mientras trepábamos al respaldo del sillón y mientras levantábamos suavemente a la abuela para poder sacar el tesoro. No habían pasado más de veinte minutos desde mi encuentro con él y no recordaba haberme sentido tan feliz en toda mi vida.

Doña Filomena se ayudaba con un bastón y nunca se dejaba de reír. Cuando la levantamos del sillón, Fito se metió entre los almohadones y sacó un libro medio viejo que tenía en la tapa a un hombre volando libremente en el atardecer, un atardecer inolvidable.

-¿Este es el tesoro?, le dije sorprendido.

-Sí, me dijo, éste tesoro me convirtió en un pirata muy poderoso, y ahora te lo paso a vos...

Cuando llegué a mi casa, a mi viejo lo habían contratado en la carpintería, y lo vi por primera vez dándole un beso en los labios a mi vieja.

Lo inexplicable fue que nunca más volví a ver a El Flaco, su imagen esbelta y delgada que nos llevaba una cabeza, en todos los sentidos, a los demás-, no volvió cuando empezaron las clases. Yo lo esperé ansioso, en la puerta, para devolverle el libro que me había prestado, pero sonó la campana de entrada y no apareció. Estuve toda la clase distraído mirando la tapa donde el hombre seguía volando.

Con el tiempo entendí que el poder del que El Flaco me hablaba iba mucho más allá de algo material. Ese tesoro, un libro, te da un poder que no se compra, que es invaluable, que está mucho más allá de la pobreza y la riqueza, que no está dividido por una vía. Fue la primera lección que aprendí ese año, que las mejores vacaciones son las que se pasan en el corazón y la mente de uno mismo, y que todos estábamos hechos pedazos, pero que, El Flaco Ojeda, estaría siempre, fuese donde fuese, más entero que un universo y, muy seguramente, volando, volando tan alto, tan alto, como el hombre del libro.